

# GENTE VIEJA

ECOS DEL SIGLO PASADO

Número atrasado, 50 céntimos.

Paquete de 25 ejemplares, 2,50 pesetas.



## Recuerdos de GENTE VIEJA

Á

# EUSEBIO BLASCO



### GENTE VIEJA

No hace todavía cuatro años que nos reuníamos en el café de Pombo para la fundación de este modestísimo decenario, y en tan corto período de tiempo son muchos los compañeros que hemos perdido.

D. Víctor Balaguer, D. Luis Mariano de Larra, D. Manuel Ortiz de Pinedo, D. Manuel Matoses, D. Francisco Luis de Retes, D. Juan de Dios de Rada y Delgado, D. Javier de Burgos, D. Nicolás Díaz Pérez, D. Enrique Gaspar, D. Antonio Rubio y hoy Eusebio Blasco, han desaparecido de nuestro grupo, dejando perdurable memoria de sus méritos, y un recuerdo profundo en nuestros corazones.

Los que dicen que no saben qué hacer con los viejos, y que aun para comidos somos inútiles, comprenderán que, para suprimirnos, sólo necesitan una cosa; esperar un poco y nos verán desaparecer, con gran contentamiento por su parte, aunque tal vez, sin darse cuenta de ello, vayan poco á poco ocupando nuestros puestos en la cronología; porque el tiempo transcurre para todos, y ya irán viendo cuán rápidamente se pasa, en la realidad de la vida, de las lozanías de la juventud á las tristezas de la vejez.

### EUSEBIO BLASCO Y EL ATENEO

Las generaciones pasan: son ríos que van al mar, que es el morir, como dijo el poeta.

Nuestra generación se acaba, y se van aclarando en el Ateneo las filas de los antiguos socios, como en la batalla, y batalla es la vida, se aclaran las filas de los soldados.

Desapareció Gabriel Rodríguez, una de las figuras más nobles del último siglo, en aquella España que ya parece que está tan lejos.

Acabamos de acompañar el cadáver del inolvidable Figuerola, y casi al mismo tiempo hemos despedido á Eusebio Blasco, el inspirado poeta, el periodista incomparable, que durante tantos años ha regocijado con su estilo ameno, sus arranques inesperados y su gran fecundidad las columnas de la prensa; el autor dramático que tantos y tantos aplausos ha oído en el teatro y que deja un repertorio, que será archivo de ingenio, de gracia y de vida cómica, sin que en él falten hermosas escenas dramáticas y rasgos profundos de senti-

miento; el insigne literato, en suma, que ha honrado la literatura española del siglo XIX; y, por último, el ateneísta constante y leal á la casa, como nosotros los ateneístas decimos.

Allí dió conferencias, siempre aplaudidas, leyó versos, siempre triunfantes de la vulgaridad ó del hastío, presidió sesiones animadísimas, y dió á la

á pesar de su larga estancia en París, eran siempre españolas.

Yo no he de hacer un análisis de su extensa labor, no he de hacer un análisis de sus obras, no he de ser crítico del compañero y del amigo: le admiré siempre y le aplaudí con alegría; hoy le despidió con tristeza.

La gente vieja se va; pero Blasco, en rigor, no pertenecía á la gente vieja, aunque por cariño y simpatía hiciera alarde de pertenecer á ella; el espíritu de Blasco era siempre joven, y aun en sus últimos meses, si el cuerpo se desplomaba, protestaba el espíritu, y en la cama escribía sus últimos artículos, apartando al dolor con una mano mientras con la otra llenaba cuartillas y cuartillas.

Obrero infatigable del arte, el mismo día que murió estaría preparándose para escribir otro artículo más.

No le dejó la muerte, que entre otras muchas malas cualidades tiene la de ser inoportuna y malintencionada.

Estas líneas son un adiós más al compañero y al amigo.

JOSÉ ECHEGARAY



### EL ESTILO DE BLASCO

La amenidad de Eusebio Blasco será siempre ensalzada como el mayor de sus méritos de periodista.

La gente que presume de grave da á la palabra amenidad un significado despectivo. Pero en literatura, como en la vida misma, ser ameno es una gran virtud. Y sobre todo, el escritor moderno, que ha de acudir al periódico para ponerse al habla con el público, si no es ameno está perdido.

Blasco, todos lo saben porque todos le leían, era el más ameno de nuestros cronistas. Sabía encontrar el asunto que interesara al lector; sabía presentarle con claridad; y sabía, en fin, hablar de él durante varios minutos, en forma sugestiva, removiéndolo en el espíritu ajeno las ideas y los juicios y exponiendo los suyos propios con ligereza encantadora.

No de otro modo puede hablarse desde el periódico moderno, que no puede tener ni la profundidad del libro ni la acabada perfección de la obra artística, sino la misma variedad y el desaliño de la vida que refleja. Por comprenderlo y practicarlo así, Blasco será siempre considerado

ya célebre *cacharrería* una buena parte de su gracia y de su ingenio en conversaciones que no se olvidarán nunca.

Así Blasco, que sabía escribir como pocos, que sabía versificar como verdadero poeta, que dialogaba en el teatro con carácter propio, pero emulando á Bretón y á Serra, brillaba quizá más en la conversación amistosa; porque como en él todo era espontáneo, la conversación entre amigos le encantaba y él encantaba á todos con sus ocurrencias, cuentos y chisporroteo de gracias, que,



como un gran periodista, aparte sus otros méritos literarios.

El llevaba la amenidad en la masa de la sangre. Hablaba como escribía. Un rato de charla con Blasco, era un paréntesis delicioso á nuestras propias preocupaciones. Supo comprender perfectamente la verdadera misión del hombre: ser agradable á los demás. Y la cumplió en la vida y en el periódico; misión difícil, mucho más alta de lo que parece á primera vista. Porque ser ameno, endulzar las horas del prójimo, es la mejor demostración del verdadero altruismo.

ANTONIO PALOMERO.

## LA PRODUCCIÓN DE BLASCO

Sólo con la producción que Blasco dejó en cartera podía hacerse cualquiera una gran reputación.

Por mí, cambiaba en seguida, si el cambio pudiera ser, lo que él deja por hacer por cuanto haga yo en mi vida.

EL SASTRE DEL CAMPILLO.

## CARTA ABIERTA

Sr. D. Juan Valero de Tornos.

Querido amigo: Recibí su invitación para colaborar en el número dedicado á la memoria de Blasco, del maestro Blasco, como justamente le decíamos los periodistas, en días en que no pude trabajar por hallarme enfermo.

Tanto de bueno han de decir de Blasco los excelentes escritores que habrán acudido deferentes á su invitación, deseosos de añadir nuevas pruebas de admiración y de afecto á la corona fúnebre de aquel escritor ilustre que durante cuarenta años mantuvo dentro y fuera de España el esplendor de nuestra amena literatura, de tan noble y castizo abolengo; tantos aspectos de su genial aptitud han de ser estudiados y loados como se merecen, que podría excusar voluntariamente lo que por forzoso motivo dejo de hacer.

Las últimas cuartillas que he escrito contienen la impresión que me produjo la muerte de Blasco. Tendría que repetir aquellas palabras, porque las ideas y la impresión perduran, como perdurará mi admiración hacia aquel maestro Blasco que nos enseñó con su ejemplo y con el estímulo de su genialidad inagotable.

De usted siempre amigo y compañero,

JOSÉ NOGALES.

## En el entierro.

—¿Qué llevan hacia la fosa casi de flores cubierto?

—“No es nada. Un poeta muerto”;

otro triunfo de la prosa; otro, á quien no encontrará vuestra impaciencia, delante: uno, que deja vacante.

Repartidla..... (y sobraré.)

Fué *El Obrero*; un Jesucristo que arrastró una cruz de hierro.

Llorábamos en su entierro.

¡Merecía..... haberlo visto!

LEOPOLDO CANO.

## BLASCO, EMPLEADO

Realmente muy poco puede decirse de Eusebio Blasco bajo este aspecto de su vida.

Es cierto que desempeñó varios destinos de la

Administración pública, pero jamás cifró en ellos sus ideales ni su manera de vivir. Era incompatible su carácter con el insoportable método y la cansada rutina á que hay que sujetarse para gozar fama de buen empleado, porque en la mayor parte de las oficinas públicas aprecian y distinguen más al funcionario que permanece sin levantarse, en el sillón de su mesa, ocho horas al día, aunque no haga absolutamente nada, que al hombre de talento despejado y de clarísimo golpe de vista que en un momento se hace cargo de los asuntos y los resuelve en el acto con arreglo á la lógica y al buen sentido.

Esto le ocurría á nuestro inolvidable Eusebio. No fué un empleado machacón y cargante, de esos que estudian y resuelven, ó mejor dicho, revuelven sólo cuantas leyes se han dictado sobre una cuestión, para aplicar luego á la misma la disposición menos pertinente. Todo lo contrario: Blasco asistía á la oficina, aunque no permaneciera en ella tanto tiempo como sus compañeros; pero lo que éstos despachaban en cuatro ó cinco horas, Blasco lo resolvía en media, con más acierto, con más ilustración y con más ventaja para los intereses de la Administración pública.

La primera vez que sirvió al Estado fué en el Ministerio de Ultramar el año 1868. El insigne Ayala, Ministro de aquel ramo á la sazón, le nombró Jefe de Negociado de segunda clase, encargándole de la sección de la prensa. Blasco desempeñó dignamente su cometido, dando noticia exacta y diaria á su jefe de cuanto decían los periódicos nacionales y extranjeros acerca de la gestión de Ayala, y contestando á toda clase de ataques por medio de juiciosos sueltos y razonados artículos.

Cuando D. Nicolás María Rivero fué encargado de la cartera de Gobernación, le llevó de Secretario suyo. Aquel inolvidable patricio, de carácter enérgico y á veces destemplado, pero siempre encerrando en el fondo de su corazón el sentimiento del bien y de la justicia, llegó á inspirar á Blasco un gran respeto, tanto que decía á sus íntimos amigos: “Esto no es Ministro, es un miura”.

— Oiga usted, Blasquito — le dijo una noche D. Nicolás en tono familiar y cariñoso. — Usted anda diciendo por ahí que yo soy un miura..... Pues tenga usted mucho cuidado no vaya yo á voltearle en alguna corrida de abono.

Las relaciones amistosas de aquel hombre con nuestro amigo enfríanse algo, porque debiendo acompañarle Blasco en el viaje que Rivero había de hacer á Barcelona con motivo de la fiebre amarilla que allí se estaba desarrollando, llegó la hora de partir el tren y Blasco no se presentó en la estación. Las razones que se lo impidieron, muy respetabilísimas ciertamente, fueron después oídas, pero no escuchadas, por D. Nicolás, aunque pasados algunos meses éste quedó plenamente convencido y desagraviado.

Cuando la Restauración se hizo, D. Francisco Romero Robledo entró á desempeñar la cartera de Gobernación, y el que suscribe estas modestísimas líneas presenció en casa de Ayala, Ministro de Ultramar, la discusión, casi la disputa, que sostuvieron D. Adelardo y D. Francisco sobre cuál había de llevarse á su respectivo departamento á Blasco; ambos estaban conformes en su falta de puntualidad á la oficina, pero siempre reconociendo lo utilísimo que sería en las pocas horas que dedicase al trabajo.

Al fin Romero venció y Blasco fué nombrado Jefe de Correos, en cuya Dirección prestó buenos servicios, sabiendo corresponder á la confianza y estimación con que le distinguían sus jefes. Por las tardes, y pasadas ya las horas reglamentarias de oficina, se reunían á hacer versos en el despacho de Eusebio los poetas, de justo renombre, Juan José Herranz, Grilo, Cabiedes y Campo Arana, conocidos en los círculos literarios por el sobrenombre de *los canosos*, porque eran redactores del periódico ministerial *El Cronista*, encargados de escribir en una sección del mismo titulada *Canas al aire*. Blasco, en una de aquellas agradables sesiones, puso en verso todo el número de la *Gaceta* del día.

No recuerdo en qué ocasión fué nombrado Gobernador de Toledo, é ignoro también si llegó á tomar posesión del cargo.

Si hubiera servido mal los anteriores destinos,

indudablemente no le habrían nombrado jamás para un puesto de importancia tan reconocida.

Ultimamente desempeñaba en Hacienda el cargo de Interventor de la Ordenación de Pagos del Ministerio de Gracia y Justicia.

Al ilustre poeta D. Eulogio Florentino Sanz (esto es ya muy sabido, pero lo creo oportuno), siendo Encargado de Negocios de España en Holanda, le preguntó un alto y vanidoso personaje de aquellas tierras:

— Diga usted, D. Eulogio, ¿qué saben ustedes hacer los poetas?

— Lo que hacen todos los hombres, y además versos.

Así fué Blasco. Supo servir honrada y fielmente, como el primero, los cargos públicos que se le confiaron, y además hacer versos como nadie.

TOMÁS LUCEÑO.

## Hasta luego.

La muerte no oyó mi ruego  
y darte muerte le plugo:  
tu fosa con llanto riego;  
y digo con Víctor Hugo,  
querido Blasco: *Hasta luego*.

JOSÉ MARÍA NOGUÉS

## EUSEBIO

Eusebio—según quienes lo saben—viene á significar en griego *el piadoso*.

El piadoso, en la acepción humana, no en la acepción mística del vocablo.

¿Conocía ese significado el que tan desenfadadamente puso en solfa la lengua griega, al trazar la caricatura de *El joven Telémaco*?

A sabiendas ó no, Eusebio obedeció admirable y constantemente, en los últimos años de su carrera literaria, á aquel precepto de: “El nombre obliga.”

El despiadado satírico de antaño se había convertido en el más misericordioso de los escritores.

Lo mejor de su cerebro y de su corazón poníalo al servicio del pobre, del humilde, del desamparado.

Honremos el nombre del que supo dar á su pluma tan honrada y generosa aplicación.

MARIANO DE CÁVIA.

## EUSEBIO BLASCO

Y EL *Gil Blas*.

Todos éramos jóvenes,  
el era casi niño,  
aragonés y rubio,  
delgado y enfermizo.  
Inquieto de carácter  
y al par alegre y vivo,  
los chistes en su boca  
brotaban á porrillo;  
siendo en él, el ingenio  
muy superior al juicio,  
cosa en que otros mayores  
también nos distinguimos.  
¡Qué redacción aquella!  
siempre el petate listo  
para ir al Saladero  
ó para andar á tiros.  
En casa y en la calle  
cercados por esbirros,  
y hablándonos á veces  
de tú con los Ministros.  
Y pese á las denuncias  
las multas y los líos,  
Rivera tan afable,  
tan culto Federico,  
Roberto tan idólatra  
de clérigos y obispos,



y Blasco tan contento  
y Juan y yo lo mismo.  
Aquel era entusiasmo,  
y aquello eran peligros,  
y censurar sin tregua  
lo humano y lo divino.  
Hoy del sagrado fuego  
quedan sólo residuos,  
y dos viejos vestales  
del templo derruido  
que á recordar sus glorias  
se juntan en el Suizo.  
Allí, Eusebio, se suele  
llorar por los amigos  
que logran el descanso  
tras batallar prolijo:  
allí con el recuerdo  
renuévase el cariño,  
y yo, que todavía  
culto al pasado rindo,  
yo, que fuí en gratas horas  
de tu niñez testigo,  
al lamentar tu ausencia  
por ti y por mí suspiro;  
¡que eran tus años pocos  
al lado de los míos!

MANUEL DEL PALACIO.

## BLASCO EN EL TEATRO

Treinta y dos años han transcurrido desde que, refiriéndose al estreno de una comedia de Eusebio Blasco, decían los críticos: *Este hombre se atreve á todo*.

Y era verdad: á todo se atrevía Eusebio Blasco, el aplaudido autor de *No la hagas y no la temas*.

Nunca olvidaré el verdadero espanto que al inolvidable Manuel Catalina, aquel empresario entusiasta por el arte como muy pocos y desinteresado como ninguno, causaba el estreno de la susodicha comedia; ó llámese *proverbio*, ya que el autor lo titulaba de esa manera.

Que los recelos y las zozobras de aquel actor inteligentísimo y de gran cultura, tenían fundamento, se comprende con sólo leer algunas líneas de las que cierto revistero de antaño dedicaba á la obra:

“Eusebio Blasco—decía el aludido—ha descubierto un filón rico en situaciones cómicas, y que, bien explotado, puede conducirnos á la contemplación de los secretos más escondidos de la vida conyugal.

„Cuando comienza la representación del proverbio *No la hagas y no la temas*, encuéntrase al público, sin previo aviso, con que le han obligado á introducirse en el dormitorio de una mujer joven y hermosa.

„Allí está, en primer término, el lecho suntuoso, y en él, profundamente dormida, la Eva encantadora de aquel paraíso en miniatura; la susodicha Eva es, según llega á saberse en el curso de la acción, una señora casada que espera (cómodamente por cierto) á su esposo, y con este motivo alarmante suben de punto la intranquilidad y el desasosiego de los espectadores.

.....  
„El esposo calavera, el mismo de siempre, aparece por último; penetra en la alcoba como señor y dueño que es de ella; arroja en un sofá el abrigo, tira el sombrero sobre un velador, déjase caer en una butaca, frótase las manos con aire de satisfacción, poco agradable para quien lo ve, que instintivamente dirige su vista hacia la embocadura, presumiendo, con motivo fundado, que en aquel mismo punto bajará el telón discretamente.”

Pues, no señor; el telón no bajaba, y el proverbio que con tan alarmantes auspicios había comenzado, fué uno de los éxitos más ruidosos que Eusebio Blasco alcanzó en la escena. La cosa, aun hoy, después de haberse visto lo que se ha visto, principalmente á compañías extranjeras, habría sido extraña; entonces en aquella época de *pudibundeces* extremadas (en lo externo y aparente, por de contado, porque la procesión andaba por dentro; aquéllos hipócritas de ayer eran mucho peores que los de ahora), fué realmente maravilloso.

Maravilla que logró Eusebio Blasco, no con ha-

bilidad de maestro curtido en lides teatrales, sino á fuerza de ingenio, de gracia, de espontaneidad y *de buena sombra*.

Esto es precisamente el teatro de Blasco: gracia, mucha gracia; ingenio, mucho ingenio; desenfadada espontaneidad; chistes originalísimos, y como tales, inesperados, sin reminiscencias de chascarrillos fiambres. Inútil buscar en su obra pensamiento profundo, tendencia filosófica, emoción estética, conflicto dramático; si alguna vez por excepción ha pretendido llevar algo de eso al teatro, como sucede, por ejemplo, en *Juan León*, los resultados no correspondieron á tales propósitos.

Conseguía en ocasiones, porque su inteligencia clarísima supo amoldarse á todo, violentar el propio temperamento, escribir grave y pensar seriamente; pero en lo más patético de la meditación inspirábase su musa retozona y traviesa un epigrama agudo ó una ocurrencia saladísima, y allá los estampaba el escritor festivo entre sesudas disertaciones. El chiste final del proverbio á que antes me he referido, *No la hagas y no la temas*, es de gran efecto, de efecto seguro siempre, excitó y causará en todos los públicos hilaridad sana y unánime; es aplaudido y celebrado sin protesta; pero destruye precisamente el pensamiento fundamental de la comedia.

Eusebio Blasco en el teatro es el autor de *El joven Telémaco*, inventor feliz de *Las suripantas*, de *La mujer de Ulises*, de *Los novios de Teruel*, de *La suegra del diablo*, de *Un joven audaz*. El que hace decir á uno de sus personajes: “Tengo el gusto de presentar á ustedes á *fulanito*, uno de nuestros primeros subtenientes.” El creador de aquel tipo de catalán que el gran Antonio Vico, el inolvidable Antonio Vico, el mejor de nuestros actores cómicos, tan magistralmente caracterizaba.

Ya sé que tiene en su abundante repertorio trabajos muy estimables de otra índole; pero sé también que en ninguno de ellos se destaca precisa, visible la personalidad literaria de Eusebio Blasco. Es en esas obras un autor más, uno entre muchos; y solamente deja de serlo, para *ser él*, cuando inopinadamente aparece el escritor festivo con ocurrencias y donaires que lo caracterizan.

Acaso él ignoró siempre lo mucho que valía en este género, y por eso intentaba penetrar en otros. Pobre Eusebio, sin presumirlo siquiera, fué verdaderamente modesto.

A. SANCHEZ PEREZ

## A MI ANTIGUO AMIGO

¡Qué corazón de peñasco  
habrá que no se conmueva  
ante la terrible nueva  
de que murió Eusebio Blasco!

Intellectual incansable,  
alma sana y generosa,  
rico verso, fácil prosa  
y escritor siempre admirable.

Por los triunfos alcanzados  
la gloria le da tributos,  
y le lloran con sus lutos  
todos los desheredados.

ENRIQUE PRÍNCIPE Y SATORRES

## BLASCO EN LA INTIMIDAD

## REMINISCENCIAS

No sé si surgen de la memoria ó brotan del corazón las reminiscencias que voy á consignar en este artículo.

Hace ya muchos años que vivíamos juntos Eusebio Blasco y yo. Él escribía artículos y versos, comedias y libros; yo era redactor, no recuerdo si de *La Política* ó de *Los Sucesos*. Ambos sosteníamos la casa común con lo que ganábamos escribiendo, á veces hasta romances y aleluyas.

Aleluyas, sí. Poco tiempo hace que compré en un estanco de la Plaza del Progreso algunas que habíamos compuesto á tres duros el pliego, que nos pagaba religiosamente el grabador Ricord.

Por entonces, ó quizá algo después — la fecha importa poco; si algún curioso la necesita exacta, podrá deducirla con seguridad de mi relato — actuaba en el teatro del Príncipe, hoy teatro Español, una compañía de que eran primer actor Manuel Catalina y primera actriz Elisa Boldún.

Ambos habían solicitado de Eusebio alguna comedia, y cuando los veíamos — que era casi todas las noches en el saloncillo — no dejaban de reiterar su petición al ya muy aplaudido autor de *La mujer de Ulises*, *El vecino de enfrente*, *El joven Telémaco* — que me dedicó — y otras obras.

Eusebio retardaba complacerlos. Ellos creían que por pereza; él y yo sabíamos que no era la pigracia el motivo, sino el natural deseo de encontrar asunto y plan de una obra para intérpretes tales.

La gente, que sabía que Eusebio se levantaba á las tantas de la tarde, que le veía pasear por la Castellana ó el Retiro y flanear por la Carrera de San Jerónimo, asistir todas las noches al teatro y á las reuniones de la mejor sociedad, creía que no trabajaba ni hacía otra cosa que divertirse luciendo trajes de Caracuel y Alcaide ó corbatas y bastones de Plantey.

Pero después del teatro y de tomar chocolate ó más suculenta cena — según el estado de los sendos bolsillos — nos íbamos á nuestra casa de la calle de las Huertas, á cosa de la una ó una y media de la noche. Yo me acostaba y él se ponía á escribir cuartillas, en prosa ó verso, para los periódicos, los editores ó los teatros.

Levantábame yo de ocho á nueve de la mañana, y en seguida me iba á la mesa del despacho, donde hallaba el quinqué apagado y con el aceite consumido, y un rimero de cuartillas de aquella letra pequeña, clara y elegante con que Eusebio llenaba el papel de chistes y agudezas, de frases graciosísimas, de versos salados ó sentidos: vibraciones de un cerebro cuya observación era tan profunda como la expresión fácil y amena. Lo que después han sido en la fotografía las instantáneas, eso era la labor literaria de Eusebio.

Pero como estudiaba tipos, caracteres y costumbres en los paseos, los teatros y los salones, cuando casi todo el mundo no hace otra cosa que pasar el tiempo y distraerse, y como todo eso lo sacaba á luz por la noche, cuando la inmensa mayoría de la gente duerme y descansa, de ahí que la fama de perezoso y holgazán de Eusebio fuese axiomática.

Y como sus producciones resultaban tan fáciles, tan amenas, tan gratas, nadie creía que aquello era fruto de trabajo alguno. ¿Quién piensa cómo es ni de dónde viene el agua pura y cristalina de un manantial con que el viandante refresca los labios y apaga la sed?

Cierta mañana de aquel tiempo ya lejano cogí, como de costumbre, las cuartillas escritas la noche antes por Eusebio.

Eran de una comedia en prosa que no tenía título, por no haberla bautizado todavía, ni al margen el nombre de los interlocutores, que no solía poner hasta que daba el original para *sacar de papeles* la obra.

Constituían aquellas cuartillas, sin tachaduras apenas, el primer acto de una comedia; acto originalísimo, bellísimo, especie de cuasi-monólogo interesante y primoroso; pero promesa tal, que me entró un miedo terrible de que resultara abortada la obra al proseguirla y terminarla.

Cuando á las dos de la tarde estaba Eusebio tomando el desayuno — chocolate completamente frío — entré en su dormitorio.

Sin duda me conoció en la cara por qué entraba yo aquel día y á aquella hora á verle.

— ¿Has leído el acto del proverbio?

— Sí.

— Y ¿qué te parece?

— Preciosísimo; pero.....

— Pero ¿qué?

— Que temo que quieras concluir la obra esta noche misma atropelladamente, y no corresponda lo que vas á hacer á lo que has hecho. Sería gran lástima, porque para escribir un segundo acto digno de ese primero, no ya que le supere, sino que no



desmerezca y decaiga, es preciso pensar, meditar, trabajar, emplear, en suma, más tiempo del que me parece que tú estás dispuesto á invertir en acabar el proverbio.

— Puede que tengas razón..... Allá veremos.

Y no se habló más. Salimos á paseo, comimos, fuimos al teatro y volvimos á casa á la hora de costumbre, á la una de la noche, Eusebio se sentó á la mesa del despacho con un rímero de blancas cuartillas y yo me fuí á dormir, no sin recomendarle y rogarle por Apolo y por las musas todas del Parnaso que no acabara de mogollón el proverbio.

Pero me acosté convencido de que Eusebio no me haría caso.

Y, en efecto, á la mañana siguiente, algo más temprano que de costumbre, me levanté, me abalancé á las cuartillas, y de un tirón leí el segundo y último acto del proverbio, acto mejor que el primero, desarrollo y remate felicísimo de la obra, asombroso de facilidad, de gracia, de intención y recursos teatrales.

Cuando Eusebio despertó, le dije:

— Tenías razón: has hecho bien. Si hubieras tardado más en escribir esa obra, probablemente no sería lo que es.

Pocos días después la estrenaron en el Príncipe. Los aplausos á Eusebio y á sus intérpretes fueron tan grandes, que es uno de los mayores éxitos que yo he presenciado en el teatro.

Al día siguiente me decía nuestro queridísimo amigo el gran poeta dramático D. Adelardo L. de Ayala, de quien había yo sido secretario en el Ministerio de Ultramar:

— Dígame usted á Eusebio que anoche no pude ir al saloncillo á felicitarle y darle un abrazo; que su proverbio me ha gustado mucho, que es lo mejor que ha hecho para el teatro, y que no conozco nada en su género que pueda comparársele en España ni en el extranjero: es una verdadera y preciosísima joya.

Aquel proverbio se titula: *No la hagas y no la temas.*

.....  
¡Acepta, Eusebio, como homenaje de mi inextinguible cariño á tu memoria, esta descolorida reminiscencia de aquel tiempo que ya pasó para siempre!

En cambio, aquel proverbio y tantas y tantas otras obras de tu ingenio peregrino, como dulce y fecundísima miel de abeja ática, durarán frescas y sugestivas mientras duren el pueblo y la literatura de España.

ANGEL AVILÉS.

Madrid 28 de Febrero de 1903.

## EUSEBIO BLASCO

Fué poeta genial,  
prosista culto y galano,  
repentista excepcional;  
de ingenio meridional,  
de genio..... zaragozano.

Por eso, cuando escribía,  
su potente inspiración  
en áureos moldes fundía,  
la franqueza de Aragón  
con la *sal* de Andalucía.

Logró sus triunfos mejores  
por espontáneo y sincero;  
tomó á risa sus dolores  
y fué, entre los trovadores,  
trovador y caballero.

¡Se burló de un *modernismo*  
que todo lo invade ya  
con su abyecto *escepticismo*,  
y que acusa el raquitismo  
de una raza que se va!

Tronó, resuelto y valiente,  
contra injusticias sociales;  
pidió para el indigente;  
¡mas no emponzoñó el ambiente  
revolviendo cenagales!

Creó, con razón sobrada,  
que adular al poderoso  
es acción vil y menguada;  
pero no es labor honrada  
excitar al envidioso.

Tal fué Blasco. ¡A qué añadir,  
si escritor español era,  
que en luchar, en escribir,  
consumió la vida entera  
y se vió pobre al morir!

AGUSTÍN FERNANDO DE LA SERNA.

## BLASCO

### RECUERDOS ÍNTIMOS

¡Por fin descansa! Tal es el epitafio que podía ponerse en su sepultura. Lo que fué actividad, energía, movimiento, es ahora reposo, inercia, nada.

Silenciosos, inmóviles, con los ojos arrasados en lágrimas—cuantos desde la adolescencia fuimos sus compañeros y le tratamos íntimamente—presenciamos la otra tarde cómo hundiéndose en el polvo el obrero intelectual que durante cuarenta y pico de años fué regocijo de las letras, lo mismo en prosa que en verso.

El padre, el esposo, el hermano, el amigo, el poeta, el literato, el periodista, todo lo que significaba aquel cuerpo y aquel nombre, desapareció bajo una capa de tierra, allá en el nicho 91, bajo, del patio llamado de las Animas, de la Sacramental de Sansa María.

¡Pobre Eusebio! Qué razón tenías cuando, abogando por las viudas y huérfanos de los escritores y poetas que carecen de recursos, nos decías:

—El dinero de las letras, para el que tiene un momento de popularidad, se parece al del juego. El autor llena el teatro, vende cien mil tomos.... se encuentra de pronto con un aluvión de moneda....; para él los duros son *fichas*, no les da valor, los arroja sobre el tapete verde de la vida, se le acaban. ¡A ver, editor, empresario, representante, vengan más *fichas*! Pero, ¡ay! un día se acaban; el que las prestó reclama dinero constante...., intereses, sangre del alma....; las obras del autor pasan á su mano; las viudas y los hijos cumplen con la frase evangélica; las culpas de un padre caen sobre ellos en forma de privaciones, de miserias y de dolores....

El público, en vez de comprender que un artista no es un hombre como los demás, y que sus gustos, aficiones y su vida, fatalmente desordenada, no pueden compararse á la metódica y arreglada vida del hombre vulgar, suele denostar al que no conoció el valor del dinero. ¿Qué mayor desdicha?

¡Tenedles lástima, no les censuréis, los que aprendistéis tantas bellezas en un libro, los que os deleitasteis oyendo sus comedias! Sus rentas las perciben los que les explotaron, y sus hijos son muy desgraciados!...

¡En estas palabras, parece que el 'pobre Eusebio presentía el porvenir que aguardaba á los pedazos más queridos de su corazón: su santa mujer y sus amantes hijas.

\*  
\*  
\*

La labor de Blasco no envejece nunca. Su ingenio, siempre fresco y lozano, supo retratar los vicios, las virtudes y las flaquezas de sus contemporáneos. Describiendo á Madrid hace veinticinco años, decía:

Viven aquí en armonía,  
y tienen asiento eterno,  
el lujo, la pulmonía,  
la vanidad y el Gobierno.

Es dulce y amable el trato,  
malo el clima hasta el exceso,  
se caza mucho en el plato  
y se pesca en el Congreso.

Grita más el más danzante,  
quien más pone pierde más;  
se acaricia por delante,  
se murmura por detrás.

Intrigas arte, y dolor,  
en lucha eterna se ven;  
los hombres se pintan solos,  
y las mujeres también.

.....  
Hay aquí muchos tesoros.  
de virtud, aunque escondidos,  
hay en primavera toros,  
y todo el año maridos.

Todo el año, día y noche,  
constantemente se ve:  
al que no trabaja, en coche;  
al contribuyente, á pie.

Suenan petardos que espantan  
al pacífico vecino,  
y los muertos se levantan....  
de las mesas del Casino.

Pueblo, en fin, rico en miseria,  
que se divierte á su modo:  
capital de eterna feria  
en la que se vende todo.

\*  
\*  
\*

Cuando en 1880 estuvo en Madrid el Dr. May, Blasco deseaba que magnetizase á su criado, un joven inapreciable, porque casi siempre está *chispo*.

—¿Y para qué tienes ese empeño?—le preguntamos.

—Para que me revele grandes cosas. Figuraos la escena. Yo le pregunto: Andrés, ¿qué estoy yo pensando ahora?

—Está usted pensando en que me paga seis duros mensuales.

—Y así es.

—No, señor; son diez, porque le siso á usted cuatro.

—¡Muy bien! Y dime, ¿qué hace en este momento D. José Echegaray?

—Está matando al conde, envenenando al padre y prendiéndole fuego al castillo.

—¿Cuándo tendremos una primera dama que no grite?

—Nunca.

—¿Quién ha hecho los sueltos encomiásticos que corren por la prensa sobre el último libro de Fulano?

—Él mismo.

—¿Cuál es la industria más liberal del mundo?

—La de los esparteros.

—¿Cuántos años tiene el actor Albarrán?

—Despiérteme usted, señor; porque eso no lo sabe nadie.

\*  
\*  
\*

Blasco hizo de sí varias autobiografías. En la que escribió por encargo mío para *La Crónica de Cataluña*, hizo su retrato, tan exacto como pueden ver los lectores de GENTE VIEJA:

Yo soy un hombre moreno,  
algo más alto que bajo,  
con unos ojos muy grandes  
y unos carrillos muy flacos.

Llevo la barba corrida,  
el pelo, crespo á los lados,  
y por en medio una calva  
de cuatro dedos en cuadro.

El andar, convaleciente;  
los movimientos, pesados;  
semblante de Cristo viejo,  
cuerpo desencuadrado.

Mi carácter es alegre,  
visto por fuera y de paso,  
que si por dentro se viera  
se hallaría avinagrado.

Para los amigos, tierno;  
para las mujeres, blando;  
para mi familia, dulce;  
para mi colete, amargo.

Todo lo tomo con calma,  
porque estoy bien enterado  
de que las cosas del mundo  
no merecen otro pago.



Referirte de mi vida  
la historia abundante en casos  
que á otros le hubieran vencido  
y á mí no me han hecho daño,  
pareciera necio empeño  
de contar muchos trabajos,  
muchas penas, muchos líos,  
muchas ansias, muchos palos,  
mucho bronca, mucha angustia,  
mucho risa y mucho llanto.

\*  
\* \*

Quando se pusieron en moda los *Colmos*, Blasco fué uno de los primeros que en España hizo gala de su *vis* cómica.

Entre los infinitos que brotaron de su pluma recuerdo los siguientes:

Colmo de la hilandera:

—Devanarse los sesos.

Colmo de la arquitectura:

—Hacer castillos en el aire.

Colmo del recaudador de contribuciones:

—Cobrar miedo.

Colmo del andarín:

—Andar en lenguas.

Colmo del reuma:

—No entrar en el Ministerio de Hacienda hasta que enjuguen la Deuda.

Colmo de los catedráticos:

—D. Miguel Colmeiro.

Ayala, el gran poeta que supo en nuestros días renovar las glorias de los dramáticos del siglo de oro, profesaba á Eusebio un verdadero afecto, admirando en él aquella *difícil facilidad* con que producía tanto y tanto bueno.

Por mandato facultativo D. Adelardo tuvo un año que abandonar la villa y corte, yendo á hacer vida campestre, que tanto convenía á sus bronquios. Antes de marchar, encargó á Blasco que le tuviese al corriente de las novedades cortesanas. Entre las varias cartas que le escribió Eusebio figura una, notabilísima por el fondo y la forma, en la cual hay trozos tan inspirados y de actualidad como el que sigue:

¿Dó alienta el español, cuya pujanza  
fué asombro al mundo y á la tierra espanto?.....

.....  
Vive la descendencia en la estragada  
y enclenque juventud sietemesina,  
raza enfermiza y pobre y trasnochada.

¿Es ésta la inmortal raza latina  
que en la España de Alfonsos y Filipos  
nunca vió el sol en lumbre vespertina?

Con estos impotentes prototipos  
se alimenta la corte afeminada,  
combatiendo en ridículos equipos.

Al novillo en la alegre becerrada,  
ó al incanto pichón que en muerte aleve  
convierte el juego en prenda deseada.

¡Baile y juego y festín! Sólo nos mueve  
vértigo sordo ingénita locura,  
y esperando que el diablo se nos lleve.

Rendido el español á su amargura  
duerme, dejando deslizar su vida  
en brazos de la holganza y de la musa.

\*  
\* \*

Y el que de este modo laboraba era tan modesto, que recientemente decía en letras de molde:

“Algunos de mis versos serán tachados de incorrectos, y en verdad que lo serán, porque lo que me sobra de facilidad en el trabajo suele faltarme de corrección algunas veces, pero en cambio son sinceros; digo en ellos lo que siento.”

Para terminar.

El que en los últimos años de su vida se dedicó á defender la causa de los desgraciados; á protestar de los abusos de la riqueza y del poder en el mundo moderno; del abandono en que están los que sufren; y en los periódicos, un día y otro, pidió con insistencia un pedazo de pan para las hijas de Villergas y de Gaztambide, así como para las viudas de Fernández y González, Florentino Sanz, Zorrilla, Becquer, é Isaac Peral, hoy, que ha enundecido para siempre, ¿no hallará una voz amiga que excite á todos los compañeros y admiradores de Blasco, para que unidos arbitren me-

dios de poner á salvo de privaciones y miserias á su viuda é hijas?

Sería la mejor prueba de afecto y admiración que podríamos darle al compañero y al amigo.

EDUARDO DE LUSTONÓ.

## A LA MEMORIA DE EUSEBIO BLASCO

Soneto destinado á la velada que en homenaje de tan ilustre aragonés ha dispuesto celebrar el Ateneo de Zaragoza.

Máquina de escribir, raro portento  
de amenidad, de gracia y ligereza;  
tipo elegante, escultural cabeza,  
albergue propio de su gran talento.

Fué famoso en la crónica y el cuento  
y en su teatro abunda la belleza;  
ensalzó la humanidad y la pobreza  
y al desvalido le prestó su aliento.

Pasma y asombra su labor honrada,  
pues devoró á montones las cuartillas,  
y sólo ante la muerte despiadada,  
que hunde torres y abate maravillas,  
¡se inclinó aquella frente, coronada  
de laureles y rosas amarillas!

MARCOS ZAPATA

## BLASCO EN PARÍS

La prodigiosa actividad cerebral de Blasco, sus excepcionales condiciones de literato y principalmente de periodista, donde más han demostrado su eficacia, ha sido en la época que Blasco vivió en París, desde 1881 á 1894.

La *Ciudad Lumière* aún tolera á los literatos extranjeros que trabajan en su propio idioma, y corresponden con los periódicos de su país ó publican en castellano obras, para la que en París se llama América latina; pero para que se le permita á un extranjero escribir en francés, para que su nombre vaya unido al de los primeros periodistas, se necesitaba ser Eusebio Blasco.

Llegar á París con una familia numerosa, sin poseer el francés de la manera exquisita que precisa poseerlo cuando se escribe para el público, sostener esta familia, llegar á dominar aquel idioma y haber sido en la capital de Francia lo que Blasco llegó á ser, con los pseudónimos de *Dagobert* y *Mondragón*; eso, creo que no ha habido ningún extranjero que en todo el siglo pasado lo haya logrado en París.

En sus casitas del boulevard Malesherbes, número 110, y de la rue Jouffroy, núm. 68—naturalmente, pisos alquilados y no fincas propias—aquel luchador infatigable trabajó con heroísmo, y en el *Journal* y en el *Figaro* principalmente, se dió á conocer de Europa entera, realizando, repito, una obra de voluntad y de intelecto que en París no ha realizado nunca otro español.

Su carácter agradable y atrayente, su viveza y su gran corazón le dieron muchas simpatías en la sociedad y en los organismos franceses, tantas, que por un servicio que prestó—como siempre, á la causa de la humanidad y de la justicia—se le propuso para un título del Papa con la denominación de Marqués de Casa-Blasco, título que no quiso aceptar.

En Julio de 1884 le fué concedida la Cruz de Caballero de la Legión de Honor, y en Julio del año 91 la de Oficial.

De la misma manera que en España, sus gestiones y su talento consiguieron, en 1895, el indulto de un reo de muerte—Mateo Jordán, condenado en Jaca (Huesca)—y en 1901 el de tres sentenciados en Santander; en París trabajó cuanto pudo hasta lograr el del famoso Luna, porque Blasco era todo caridad y todo corazón.

Allá por los años de 1889, y durante la Exposición Universal, Blasco fué encargado por la Comisaría francesa de la Sección española del Pabellón de la Prensa, y no habrá periodista español ó

americano de los que concurren á aquel Certamen que no recuerde lo que hizo para ayudar los intereses españoles.

Todo el tiempo que vivió en Francia, recordó constantemente á la madre Patria, fué allí un propagandista de nuestra cultura, ayudó cuanto le fué posible á todos sus compatriotas desgraciados, se captó el cariño de la gente intelectual francesa, y seguramente en los círculos literarios de París, y muy principalmente en la casa que en la rue Druot tiene el *Figaro*, la muerte de Eusebio Blasco habrá sido tan sentida como en toda España.

No ha dejado fortuna, pero su entierro ha demostrado que el trabajo y el entendimiento representan algo más que la riqueza.

Me parece que fué el mismo Blasco quien lo dijo: “Cuando muere un hombre que sólo es rico, deja poco rastro, es algo así como un saco de oro que se cae al mar”.

JUAN VALERO DE TORNOS.

## A EUSEBIO

Ni pomposos funerales,  
ni enlutada colgadura,  
ni regar tu sepultura  
con lágrimas fraternales;  
ni flores artificiales,  
ni el ruego de la campana;  
lo que en tu tumba cristiana  
consuela mi corazón,  
es rezarte una oración  
y decirte: “Hasta mañana.”

ANTONIO GRILO

## Otra carta abierta.

Sr. D. Juan Valero de Tornos.

Querido amigo: Me invitas a escribir dos palabras en el número dedicado á honrar la memoria de nuestro compañero Eusebio Blasco y deseas que los colaboradores de GENTE VIEJA depositen, como literatos, una flor en la tumba del que ha dejado, Dios quiera que por mejor habitación, esta vida de ilusiones y desengaños. Cuando tan buenos escritores acceden gustosos á tu ruego, sobra el encargo que se me hace; porque ni mi pluma puede como la de otros escribir, ni yo conocía bastante á nuestro compañero para contar de él lo que otros no cuentan, ni juzgarle como sabrán hacerlo otros. Pero nos debemos un mutuo recuerdo, y no seré yo quien lo omita. Yo admiraba, y no lo digo ahora por primera vez, la flexibilidad del talento de Blasco, su dominio del público, su conocimiento de las cosas extranjeras, que hoy son casi las nuestras, y el don de la claridad que distingue á los que observan bien y que, al contrario de lo que ocurre con la vista física, se despeja con los años. Recuerdo otra cosa que tal vez pase inadvertida para nuestros compañeros: él, cuando la idea no se comprendía bien y la palabra estaba proscripta, levantó la enseña del socialismo católico. Ahora lo ha explicado quien puede y sabe mejor que todos hacerlo, y más que en otras ocasiones podemos recordar este título de Blasco.

Quando el tiempo transcurre sin que lo sintamos, y mientras *lo hacemos*, según frase de la que España tiene el privilegio exclusivo, nos *deshace*, de admirar es cómo lo aprovechan algunos y dejan multiplicadas muestras de su actividad, á pesar de la vida de salones, de tertulias, de todo y para todos, que suelen llevar nuestros literatos. No nos creamos muchas veces cuando escribimos, al leer ciertos artículos, nosotros los que estamos en el secreto: Blasco escribió en un periódico de los *rotativos* donosísimas observaciones sobre la variación de horas en las oficinas, censurando la modificación; él no la necesitaba para trabajar y trabajar mucho; él tenía la divisa de Apeles: *Ningún día sin una línea*, y líneas eran las suyas que se



leían con gusto, como las de maestro, y en la imaginación quedaban grabadas.

Probada ha sido en poco tiempo nuestra Redacción por muchas y sensibles pérdidas: mejor es que al reunirnos prescindamos de contarnos, sin perjuicio de que, en ocasiones parecidas á la presente, empleemos nuestra pluma en recordar lo que de bueno hayan hecho los que sucesivamente desaparecen de nuestro lado. Es lo menos que unos por otros podemos hacer, sin olvidar, empero, que, si ayer fué día de recordarnos como escritores, lo será mañana de portarnos como cristianos. Que no hicieron mejor al expresarse así los buenos caballeros de Villalar que nosotros haríamos si en obras y en palabras los imitásemos.

Sabes te recuerda siempre con la intimidad de condiscípulo tu afectísimo

ANTONIO BALBIN DE UNQUERA.

Marzo 4 de 1903.

## A la memoria de Eusebio Blasco.

### SONETO

La fábrica, el taller, tienen sus puertas  
y un dueño responsable conocido:  
reclama, obrero, que serás oído  
y todas tus victorias serán ciertas.

Aquellas estarán tan sólo abiertas  
por ocho horas, y el que caiga herido  
se verá por las leyes atendido  
aun á despecho de conciencias muertas.

Pero ¡ay del escritor!, ¿quién le indemniza  
cuando una vena en su cerebro estalla?  
¿Ni qué ley su fatiga economiza,  
si aun por la noche, cuando todo calla,  
casi siempre el pensar le martiriza?.....  
El que escribe es un héroe en la batalla.

FRANCISCO PLEGUEZUELO

### CURIOSIDAD LITERARIA

## ESPÍRITU DE "EL JOVEN TELEMACO"

Fragmento de un libro, edición agotada, hoy ejemplar único <sup>1</sup>.

Y sale Fenelón del sepulcro, arrastrado por el progreso de la posteridad; y Telémaco se fuma un Figue-rola <sup>2</sup>; y Calipso, en paños menores, toma chocolate; y el hijo de Penélope entona unas *habas verdes*; y las ninfas en la gruta mítica leen *La Correspondencia* de Santa Ana; y Venus hace calceta; y Ulises..... el gran Ulises, hecho un pobre hombre, camino de Itaca, con su gran paraguas de algodón..... Y al final de la obra, apoteosis, magia, escotillón y barítono con las espaldas al aire; Minerva, la maestra del mundo, la diosa de la ciencia, el genio del cacumen, dice al coro, al público, á la humanidad inquilina:

*¡No paguéis al casero!*

.....  
Coro surripantesco, surripantano ó surripantístico.

ENRIQUE PRUGENT.

## EN LA GARITA DEL DIABLO

Está de centinela: al duro invierno  
sólo el valor del milite se atreve;  
en grumos baja la atropada nieve,  
del alta noche entre el silencio eterno.

<sup>1</sup> Uno de los primeros lectores de dicho libro, publicado en 1870, fué el insigne y erudito *mozo viejo* D. Eduardo de Lustonó, quien, con el autor de estas líneas, escribía en el diario *Las Novedades*.

<sup>2</sup> El ilustre D. Laureano, fallecido recientemente, era por aquel entonces Ministro de Hacienda.

No hay siembra en esperanza ó brote tierno  
que la helada en sus ímpetus no lleve;  
sólo el soldado allí la planta mueve  
que estufas no calientan ni falerno.

En los desnudos árboles figura  
la escarcha una fantástica armería:  
dardo que vibra, yelmo que fulgura;  
inquieta lanza, ingrátida cimera.....  
el soldado á pie firme sonrefa  
y su sonrisa atroz es la postrera.

MIGUEL SÁNCHEZ PESQUERA.

## CAUSAS DE UNA CRISIS

CUENTO DEL SIGLO PASADO

### V

#### Epílogo.

Ocho días después, y cuando según mi costumbre me entretenía en emborronar unas cuartillas de papel, me anunció la criada que había en la sala un caballero.

—¿Ha dicho su nombre?

El Sr. Salcedo.

La pluma se me cayó de la mano, y debí ponerme blanco como el papel que tenía delante. Si la criada no hubiese sido gallega, al apercibirse de mi turbación hubiera pensado que era algún juez que venía á prenderme, ó por lo menos algún terrible acreedor, el caballero que acababa de anunciar.

Salí con miedo del despacho, pero la vista de Salcedo me tranquilizó. Se dirigió á mí riendo, y tendiéndome la mano, yo no sabía qué decir.

—¡Sólo al demonio se le ocurre lo que á usted! — dijo por fin.

—Yo ruego á usted, amigo Salcedo, que me perdone el mal rato que le he dado con esta..... tontería; mi ánimo era enterar á usted antes.

—¡Bah! ¡ya pasó! ¡Pero si viera usted qué impresión me hizo! Siempre halaga el ser amado, aunque uno lleve la cabeza cubierta de canas, aunque sea Ministro, aunque sea el amor de una muerta!

—¿Pero usted leyó al fin?....

—¡Todo! era un día que debía ir tarde á las Cortes, y después de almorzar encendí un cigarro para hacer tiempo y tropecé en el bolsillo con el endiablado manuscrito de usted, y lo leí, bien ajeno de encontrar lo que encontré..... En fin, ha hecho usted caer el Ministerio.

—¿Cómo! ¿El Ministerio?

—Sí, señor; usted, ó la muerta, me es igual. Ya sabe usted — añadió — que aunque no haga versos tengo corazón. Al leer aquellas páginas, al considerarme objeto de aquel amor tan ignorado y tan puro, me trastorné completamente. En lugar de ir al Congreso, me encaminé á la Patriarcal, tan conmovido como si asistiera á una cita de amor. Allí me encontré.....

—Sí, ya sé, yo fui quien saqué esos papeles del ataúd.

—¡Del ataúd! ¿Usted los encontró en el ataúd?

—Sí, señor, tengo..... es decir, tenía tanta afición á los muertos.....

—¡Demonio! Pues oiga usted. Sin saber lo que hacía, me dirigí á las Cortes. Ese condenado de Ruiz San Millán apoyaba una proposición, pero yo ni le oía. Me senté en mi puesto, y el Presidente del Consejo me dijo:

—«¿Está usted malo?»

—«No, señor.»

—«Es que va usted á contestar; es la cuestión esa de las subvenciones, de que hablamos anoche, ya sabe usted.»

—«Sí; sí, señor.»

—«Creo que no tendrá usted dificultad, estando como estamos todos de acuerdo.»

—Fué preciso — continuó Salcedo — que mis compañeros del banco azul me avisasen para comenzar á hablar. Ni sé aún lo que dije, preocupado con la maldita ocurrencia de usted. Sólo oía que el Ministro de Estado me decía al oído: «¿Pero qué es eso? ¿qué está usted

diciendo?» Al fin se levantó el Presidente del Consejo; manifestó que en el seno del Gabinete no había diferencia alguna en el modo de apreciar la cuestión, pero que esperaba sereno el fallo de la Cámara.

Después nos reunimos en Consejo, y el Presidente dijo muy serio:

—Para defender así los actos del Gabinete, valía más no ser Ministro, señores.

—Pues bien — dije, — ya no lo soy.

En vano quisieron después mis compañeros y el mismo Presidente disuadirme de mi propósito. Picado por aquella severa, pero merecida reprimenda, no atendí á ninguna razón, ni aun á la de que, si yo insistía, después del efecto producido en la Cámara, la crisis tendría que ser total. Insistí, y nos dirigimos todos á ponerlo en conocimiento de la Reina. Ahí tiene usted — añadió riendo — las causas de la crisis.

—¿Cómo! ¿es posible? — exclamé yo; — ¿con que estaban ustedes de acuerdo? ¿con que no había ninguna otra cuestión?

—Absolutamente ninguna.

—Pues entonces, ¿cómo decían los periódicos que todo el mundo veía venir el conflicto; que usted defendió mal, de propósito, al Gobierno para darle el golpe de gracia; que estaba preparada una situación?....

—¿Quién hace caso de periódicos? Puedo asegurar á usted que hasta S. M. quedó tan sorprendida de la crisis como todo el mundo, sintiendo — nos dijo — por el país estos vaivenes de la política. Confieso que después de oír hablar así á la Reina, cuya grandeza de sentimientos conozco, estuve á punto de confesar á mis compañeros la diablura de usted..... y mi debilidad..... pero estaba aceptada la dimisión, y después de mi derrota moral en la Cámara, no tenía remedio. Por lo demás, juzgue usted por las apariencias, y verá la injusticia que los políticos cometen al hacerlo así. Desengáñese usted, como esto sucede y sucederá muchas veces; solamente usted y yo sabemos en España la causa de la caída del Ministerio y....., Dios sabe á quién echarán por ahí la culpa.

Yo no pude menos de recordar entonces las conversaciones que oí en el Atepeo; y como estaba en el secreto, no pude menos de reirme al contemplar lo que es muchas veces la política. Salcedo se levantó para marcharse.

—Crea usted — le dije — que tengo el sentimiento más profundo, y espero que usted me perdonará.

—¡Qué tontería! Casi me ha hecho usted un bien; estaba cansado de ser Ministro!

Entonces nos despedimos; y el ex Ministro, completamente reconciliado conmigo, me exigió formal promesa de que al día siguiente le acompañaría á almorzar, para celebrar — dijo — su salida del Ministerio y lo extraño de las causas de la crisis.

FÉLIX DIAZ GALLO.

## COBARDIA

### I

La inesperada hazaña de Conrado era la comidilla de la noche en todas las tertulias del casino de Valdeáguila.

Y no era extraño que lo fuera: el suceso alteraba la monotonía de la vida en aquella localidad, donde se sucedían los días iguales los unos á los otros, diferenciados por su duración larga ó corta, según las estaciones del año, pero uniformes en su tranquilidad; que no existía recuerdo de que jamás la paz de los valdeaguileños se hubiera turbado con movimientos políticos, con agitaciones proletarias, ni aun con catástrofes producidas por los fenómenos de la Naturaleza.

En Valdeáguila se vegetaba, no se vivía. La sociedad se hallaba dividida en dos bandos, que casi podían denominarse castas, que no se odiaban entre sí, que antes bien parecían aceptar gustosos los lugares respectivos en que les había colocado el azar del nacimiento, y á los cuales el arraigo de la tradición les sujetaba lustro tras lustro.



Arriba los señores, llenos de preocupaciones, descendientes todos de linajes ilustres, empobrecidos muchos y convencidos casi todos de que, aun teniendo, como tenían, en mucho las calidades y merecimientos de sus personas, no les era posible dar á éstas medios de brillar, dado el precario estado de sus fortunas, en círculos sociales donde se viviera á la moderna. Rindiendo culto á los ideales del pasado, abominando de todo trabajo y aceptando las menguadas comodidades y distracciones que el terruño ofreciera, arrastraban en lánguida pereza sus existencias estériles.

Abajo los labradores, colonos en gran parte de los señores, propietarios los menos de las tierras que cultivaban, disputando todos el provecho de las cosechas á las exigencias de la renta, á los apremios de la contribución y á las veleidades de la atmósfera, que raro era el año que no dieran al traste con buena porción de los esquilmos.

Gentes de penetración escasa, sin iniciativas, resignadas con su pobreza, no ambicionaban mejoramiento alguno, y, sin envidiar ostensiblemente á los señores, respondían con su indiferencia al desdén con que eran mirados por quienes se consideraban superiores á ellos en inteligencia, en costumbres, en sentimientos.

Y señores y labradores convivían en Valdeáguila sin lazos de afecto, ni aversiones de aborrecimiento, servidos los unos, servidores los otros, mirándose á distancia siempre y encogidos de hombros, por no importárseles recíprocamente nada de cuanto pudiera referirse al opuesto de los dos bandos.

Tan imperecedero y firme consideraban los valdeaguileños el estado de sus mutuas relaciones, que ninguno se daba cuenta de los móviles que habían impulsado á Conrado Guzmán, primogénito de una de las familias más aristocráticas del país, de aquella á quien los señores envidiaban timbres y blasones, á exponer su vida para salvar la de Juanín García, hijo del tío Pedro, labrador pobrísimo y tachado de holgazán, y de su mujer la tía Ginesa, famosa diez leguas á la redonda por su locuacidad insultante, y todos tres constituyendo una familia de las juzgadas como menos digna de interés y aprecio por la espuma de Valdeáguila.

Mas así era lo cierto: al caer la tarde, los concurrentes al paseo de la Balconada, desde donde se dominan los suburbios de la parte baja de la villa, habían percibido humareda primero, llamaradas después, en unas casas algo apartadas del camino del río, agrupadas junto á las callejas divisoras de los prados que sustentaban con sus pastos las dos docenas de vacas que constituían toda la ganadería local. La construcción de las viviendas, formada de maderos secos y roídos por la carcoma; la acumulación en los dinteles de sus puertas y en sus interiores de jaras secas, provisión de combustible para el cercano invierno; la carencia de agua en cantidad bastante para sofocar el incendio; los obstáculos que la estrechez de los caminos circundantes, encerrados entre cercas y tapias, oponían á que en casos extraordinarios pudieran revolverse en ellos con desembarazo las personas que procurasen ponerse en salvo y salvar á la par sus ajueres, hacían predecir que si el fuego arreciaba, y parecía arreciar, pronto quedarían convertidas las miserables moradas en que hacía presa en montones de cenizas y rescoldos.

Por curiosidad, más que cediendo á inclinaciones humanitarias, bajaron los moradores de la villa casi en masa á presenciar los estragos que se adivinaban tras la columna de humo negrozco que sin cesar se elevaba verticalmente de paredes y tejadillos, y entre cuya masa grisácea resplandecían de vez en cuando los vértices rojizos y vacilantes de las llamas y las chispas menudas lanzadas á gran distancia, cuyo brillo se extinguía rápidamente en el horizonte.

Los que moraban por allí cerca contaban á todos los curiosos que no era posible determinar cómo se había producido el fuego; un descuido sin duda era su causa, no había fundamentos para sospechar de la mala intención de nadie. Por fortuna, en aquellos momentos estaban deshabitadas aquellas casas; sus vecinos se hallaban lejos, en la falda de la sierra, recogiendo la cosecha de aceituna de los olivares expuestos á los aires del Mediodía, en unas laderas que por lo abrigadas de los vientos fríos eran lo más fértil de todo el término.

Mas contradiciendo la información, y con sorpresa de cuantos contemplaban cómo se convertían en hoguera inmensas paredes y maderamen y cómo se derrumbaban sin gran estrépito, por lo poco pesado de su masa, muros y techumbres, se escucharon sollozos de angustia, llamamientos de socorro, que se apagaban entre los gritos de los espectadores y entre los rumores del fuego que consumaba con lentitud perseverante su trabajo de destructora combustión. Algunos sostenían que á través del humo se divisaban contornos de figura humana que avanzaba unas veces, y otras retrocedía, y cuya silueta aparecía y desaparecía alternativamente.

Sin pararse á reflexionar si el ser humano que se suponía sujeto á las torturas del incendio existía realmente ó era visión forjada por la fantasía del pueblo allí congregado, y sometido á las excitaciones nerviosas que le producía la contemplación de la catástrofe, Conrado Guzmán, que como uno de tantos desocupados veía con relativa frialdad los progresos del fuego, se separó de los camaradas de su tertulia del casino, que en su compañía habían ido á curiosear, y sin dar tiempo á que le detuvieran ni á que entorpecieran sus movimientos, se lanzó precipitadamente al lugar de donde, según todos indicaban, partían los lamentos.

El inesperado arrojó excitó á la multitud á prorrumpir primero en clamor casi unánime de horror, á contenerse después en silencio y recogimiento, aterrada ante la grandeza del sacrificio heroico que nadie podía suponer se lanzara á realizar Conrado.

Perdióse éste á la vista de todos entre los nubarrones del humo, viéronse algunos de sus movimientos entre las ruinas y los escombros que iban descubriéndose allí donde las llamas habían terminado su labor, y pocos minutos después, que años parecieron á cuantos impresionaba su audacia humanitaria, saltaba Conrado por entre vigas carbonizadas y adobes calcinados, llevando en brazos á un chicuelo astroso, con la cara ennegrecida, agarrado fuertemente al cuello de su salvador, quien en el lance había destrozado su ropa, que ena multitud de jirones, y mostraba en su rostro alguna leve quemadura y toda la barba chamuscada.

El chico salvado era Juanín, el hijo del tío Pedro y de la tía Ginesa: mientras sus padres estaban trabajando en la recolección se había doamido, y en sueño profundo yacía cuando le despertaron el chirrido de los pies derechos de su casa que retorcia el fuego y la elevación de temperatura que le impedía respirar; y aunque buscó con ansia salir á ambiente menos mortífero, en aquel brasero hubiera perecido, que ya exánime y entre angustias de asfixia había caído cuando le agarraron los vigorosos brazos de Guzmán.

Vitores y plácemes escuchó el salvador; con modestia y sin mojigatería quitó á su proeza la importancia que á su alrededor se le daba, vióse que su persona no necesitaba de cuidados especiales, atendióse por todos á Juanín, que se repuso con facilidad del susto, y al cerrar la noche y retirarse los pobladores de Valdeáguila á sus domicilios comentando y enalteciendo el suceso, se extinguía el incendio, descubriendo al extinguirse montones de cenizas, sobre las que corrían rápidas, pudiera decirse que juguetonas, las chispas rojas que lanzaba de un lado á otro la brisa que comenzaba á levantar.

Y los comentarios subieron de punto y llegaron á convertirse en ironías y censuras malévolas en el casino, adonde no acudió aquella noche Conrado, facilitando con su ausencia la tarea crítica de sus compañeros de clase social, los señores, que acabaron por declarar inexplicable cómo uno de los suyos exponía su vida por salvar la del desarrapado Juanín, cuyos mismos padres eran incapaces de apreciar la magnitud del peligro afrontado. En lo cual justo es decir que no se equivocaron: una semana después, ni Pedro, ni la Ginesa, ni su hijo siquiera, guardaban en su memoria el heroísmo de Conrado, y si las consecuencias del incendio inquietaban sus ánimos, se desahogaban maldiciendo su mala estrella, deplorando la pérdida de sus muebles y envidiando la suerte de los señores, á quienes nunca alcanzaban las calamidades con que la Providencia parecía complacerse en poner á prueba la paciencia de los pobres.

(Continuará.)

MANUEL CONROTTE.

## EN UN ALBUM

Principio tu álbum  
poniéndote versos;  
mi hacienda no es otra,  
te doy lo que tengo.  
No es fácil asunto,  
amable Remedios,  
se empiecen caminos  
de fin tan incierto.  
Pondré, y los mereces,  
elogios sin cuento,  
ya causen envidias,  
ya exciten los celos.  
Supongo que todos  
lo mismo diremos;  
mas ¡ay! cuando pasen  
los años primeros  
que como relámpagos  
así vuela el tiempo,  
y miren tu rostro,  
á fe no me bajan  
de grande embustero.  
Si acaso tus ojos  
asedian orzuelos,  
cuando en mis renglones  
llamábalos bellos,  
creerán que las gafas  
eché en el tintero,

y sólo visiones  
á oscuras contemplo;  
tu talle, palmera  
de las del desierto,  
si encorvan disgustos  
ó achaques molestos,  
de comparaciones  
motivos tendremos;  
y no hablo de bocas  
con dientes en cero.  
Así, amiga cara,  
acepta un consejo:  
si una hebra de nieve  
asoma á tu pelo,  
el álbum esconde  
ó arrójalos al fuego,  
y olvida piropos  
de tonos diversos;  
que si bien las flores  
agosta el invierno  
y en la primavera  
renacen de nuevo,  
la mujer no goza  
de ese privilegio,  
y á vieja en llegando  
conclúyese el cuento.

ANTONIO J. AFAN DE RIBERA

## ¡POBRE TRAJANO!

No te imagines, ilustrado lector de GENTE VIEJA, que voy á describirte la historia del cruel Emperador de Roma, ni menos á enumerar los tormentos á que fueron sometidos millares de confesores de la fe de Cristo, inmolados en el Coloseo; no, muy lejos de eso. Mi Trajano es un pobre niño, de negros y hermosos ojos velados por larguísimas pestañas. Pálido es su rostro, revelador de la miseria en que envuelta aparece su existencia. Nacido en aquel barrio de Roma denominado el Trastevere, perdió á su infeliz madre cuando, apenas balbuciente, sus rosados labios decían «mamá». ¡Pobre niño! ¿Qué será de él?

La sociedad parece quedar satisfecha cuando contempla esas largas filas de inocentes criaturas privadas de las caricias maternas y sentenciadas por el destino á vida de privación en los asilos, albergues y casas de misericordia ó caridad, según las denomina el público.

A uno de esos centros benéficos fué llevado el huerfanito, donde acallaban su llanto con sendos tazones de la poco sabrosa *polenta* ó con macarrones cocidos en agua y sal, única alimentación consignada á los desvalidos en muchos asilos de Italia. Así crecía el niño; y cuando sus maestros creyeron que sabía leer y escribir con alguna propiedad, determinaron colocarle como aprendiz en un oficio lucrativo, cual es el de zapatero; pero avenáse muy poco el carácter del muchacho á la quietud zapateril y manejo de leznas y tirapiés. Trajano soñaba despierto; sentía en su pecho escozores de ambición cuando elegantes niños de su edad, acompañados de sus padres ó sirvientes, cruzaban los anchurosos *corsos* de la Ciudad Eterna.

—«Yo quiero ser rico»—decíase á sí mismo.

El viejo maestro de obra prima reprendía con frecuencia al muchacho y le decía:

—«Nunca serás un buen zapatero».

Estas frases meditábalas Trajano día y noche: «¡nunca serás un buen zapatero!» Pero ¡yo podré tener dinero! y éste me falta. ¿Qué hacer? ¡Oh, qué feliz fuera yo si tuviera cincuenta céntimos! Entonces trabajaría por mi cuenta, no tardando en ser capitalista. Cierta mañana, después de haber preparado el pote del engrudo y barrido la tienda con ese poco esmero de los chicuelos, atrevióse á decir al maestro: «Señor, estoy aburrido del oficio; aspiro á ser rico, y confío en vuestra bondad para que me prestéis el capital.»—¡San Crispino!—exclamó



el colega del mártir compañero de San Crispiniano.—¿Y qué pretendes hacer?—¡Ah, mi maestro! yo quiero trabajar por mi cuenta; quiero ser limpiabotas.—¡Santa Madonna! ¡Santa Madonna! ¿Con que aspiras á ser independiente y cruzar calles y plazas con la cajita á las espaldas, y convertirte en uno de tantos perillanes de ese oficio, que acuden á las puertas de los grandes hoteles y se instalan en la plaza de San Pedro ó plaza Columna?—¡Ah, mi maestro! Sólo así llegaré á ser hombre; el techo de la tienda me molesta; el golpear de los martillos sobre las suelas agita mis nervios, y envidia á los que sin acompañante vuelan por doquiera en alas de la libertad. Siempre he oído decir: ¡Viva la libertad! y me veo atado.—¡Funesta ambición! ¡Pobre Trajano! ¿Qué será de ti cuando los granujas, tus camaradas, avezados á los vicios que afortunadamente desconoces, te lleven al precipicio que conduce por sus pasos contados á la retención ó cárcel?—¡Ah, maestro! ¡No me conocéis! huiré del mal, puesto que lo distingo del bien; mi acompañante seguro será en toda ocasión mi conciencia; obraré con rectitud; y como espero continuaréis dándome alojamiento, seréis el confidente de todos mis *negocios* y ganancias.—¡Bravo, bravo! ¡Viva Trajano! ¿Deseas capital para dar comienzo á tu industria? ¡Bueno! ¡bueno! Animo muchacho, sigue los impulsos de tu corazón y confía en la Santa Madonna; pero, antes de todo, precisa dar aviso al regente del asilo.—Maestro, ya participaréis mi resolución cuando os haya restituído el capital y quede yo dueño de mi ambulante *taller*; entonces, ¡ah!, entonces dejaré de pertenecer á esa triste clase de los acogidos. ¡Asilado!\*

Compadecióse el anciano zapatero del inteligente cuanto hermoso muchacho, y le proporcionó los utensilios necesarios al nuevo oficio que trataba de emprender.

\* \*

No fueron más felices en sus tronos ni Carlos V el Emperador y Rey, ni el conquistador Napoleón I, ni Guillermo II de Alemania después de la batalla de Sedán, como lo fué Trajano al verse solo y con el oficio de limpiabotas, dueño de caja, betunes y cepillos. Corría desalentado el muchacho de una á otra parte y detúvose un instante en los *Prati di Castello* y ante la verja del *Colegio Pto. latino-americano*.—¡Cuántos zapatos debe haber aquí!—se dijo—pero el negocio quedará á beneficio de la casa; es decir, los estudiantes se lustrarán el calzado; probaré. Llamó al timbre, y apareció el portero diciendo al chico:—¿Qué quieres?—Señor, hablar tan sólo dos palabras con usted.—Te escucho.—Ya veis mi oficio, señor; ¿podría prestar mis servicios? ¡Soy tan pobre! ni la caja es mía, ni céntimo tengo en mi bolsillo; ¿veis? Todo está sin estrenar; mas tengo que trabajar mucho aún para abonar el importe; mirad, todo es nuevo y brillante y salgo hoy por vez primera á recorrer para hallar parroquianos.\*

Era el religioso portero uno de esos hombres que á fuerza del roce con muchachos por espacio de cuarenta años en los Colegios de la Compañía de Jesús adquirió tal conocimiento del corazón humano, que leyó desde luego en los ojos de Trajano la belleza de sus sentimientos, á la vez que esa varonil entereza que tan bien cuadra, y se apresuró á decir al pretendiente: «Espera, voy á consultar con el P. Procurador, y acaso desee conocerte.—Tanto mejor, señor mío; esperaré gustoso el tiempo que usted quiera.»

No tardó en aparecer un joven Sacerdote, y, sonriendo, dijo al limpiabotas: «¿Qué pretendes? ¿Cuánto llevas por cada par de botas?—Cinco céntimos las negras, y según la cantidad de pares disminuye el precio.—¿Te comprometes á lustrear cien pares por cuatro liras? así vendrías dos veces por semana: miércoles y sábados.—Sí, señor; sí, señor. ¡Qué suerte la mía!—Muy bien; quedas admitido como limpiabotas del colegio; pero ¿y quién responde de ti? ¿Tienes padres?—Señor, no he conocido á mi padre; mi infeliz madre murió siendo yo de dos años y pasé á *asilo* de los *Tolentinos*; pusiéronme de aprendiz en un taller de zapatería, y viendo el maestro mi poca afición á este trabajo, convencióse de que no sirvo para estar sentado, ni aun cantando al compás del martilleo de las suelas. ¡Es tan hermosa la libertad!—Bien, bien; desde mañana sábado, á

las diez de la mañana, puedes venir; pero te advierto, chico, que el trabajo aquí no es sólo el lustra, sino el de no cambiar el calzado. A la puerta de cada aposento hallarás tu ocupación, y, terminada, colocas el calzado ante el lugar donde lo hallaste, ¿me comprendes?; terminado el trabajo, te darán buena comida y las cuatro consabidas liras. ¿Te llamas?—Trajano, señor.—Chico, llevas nombre poco grato. ¡Trajano! ¡Trajano! Y el zapatero, tu principal, ¿dónde habita?—En El Trastevere, allí junto á la iglesia de frailes españoles que llaman *Santi Quarantta*.—Perfectamente, muchacho.—Soy el más feliz de los mortales. ¡Cuatro liras en un solo día! ¡Y qué comida! Ya cesó la interminable polenta; carne y buenos manjares serán mi alimento. ¡Oh Santa Madonna! ¡Cuán feliz soy!» En cuatro saltos estaba Trajano ante la escalinata del Vaticano, y centenares de chiquillos disputábanse el ejercer su *bajo* oficio ante los que acudían á visitar la Basílica de San Pedro, los museos, y ante los peregrinos de diferentes nacionalidades. Trajano estaba distante de sus compañeros de oficio, solo miraba á los transeuntes y les decía á cada uno:—¿Gusta usted de mis servicios?—Su aire ingenuo, su franca mirada y su voz sonora atraía los parroquianos.

Trajano comienza su trabajo; observa que algunos le han dado hasta quince céntimos por par; ha ganado los cincuenta céntimos que él soñaba como capital: ya los tiene; dos horas escasas han bastado para asegurarle su porvenir; puede ganar hasta dos liras por día, y da gracias á San Crispín y á la Madonna que le inspiraron deseos de libertad.

¡Cuántos hombres gimen en la penuria y la desgracia porque no les dejaron elegir el oficio ó carrera á que se sentían inclinados! El deber de los padres y maestros es, sin duda alguna, el saber distinguir las inclinaciones de los menores que se les confían, observar sus tendencias y proporcionarles los medios de llegar á ellas, siempre que no estén reñidas con la moral.

ANTONIO RODRIGUEZ DE URETA 1.

## UNA ASCENSION AL PICO DE SANTA ISABEL EN LA ISLA DE FERNANDO PÓO

### I

El día 7 de Abril del año 1861, el General D. José de la Gándara, Gobernador general de las posesiones españolas en el golfo de Guinea, Fernando Póo, Corisco, Elobey Grande y Chico y Annobón, dispuso hacer una ascensión de investigación al Pico de Santa Isabel, investigación y reconocimiento del país que hasta entonces no se había hecho, pues si bien el año anterior habían subido unos ingleses, el Secretario del Gobierno y el Jefe de Fomento, la expedición no había sido científica, no se habían recorrido los bosques, los valles, ni estudiado la flora ni reconocido y medido los cráteres.

La expedición debía subir desde Santa Isabel, población y residencia del Gobierno general, pasar por Banapá, Basibé y Pulá, tribus de importancia de Bubís, y cuyos Cocorocos, reyes ó jefes de tribus, estaban siempre en buenas relaciones con la colonia.

Gándara dió orden para que todo el que quisiera formar parte de la expedición fuese á la Secretaría del Gobierno y apuntara su nombre.

Al principio todo el mundo quería formar parte de ella, todos querían ir; pero al llegar el momento decisivo, la expedición quedó reducida á las personas siguientes: Comandante de artillería D. Teodosio Noeli; Capitán de artillería D. Manuel Corsini; Teniente de navío D. Fernando Aguilar, dos Tenientes de infantería de la compañía de Fernando Póo, D. Pedro Rodríguez y D. José Estrada; un inglés, factor general de la casa de Lograu, llamado Mr. Willson, persona sumamente simpática y que estaba en muy buenas relaciones con todos los Oficiales y empleados de la colonia y en aquellos momentos desempeñaba interinamente el Consulado por ausencia del capitán Burton; el Capitán de ingenieros D. Luis Tejero, y el que suscribe este artículo.

El Gobernador, General Gándara debía acompañarnos; pero habiendo tenido noticia la víspera de la pró-

1 Ante las reclamaciones de libreros y de Institutos que adquirieron la propiedad de mis obras, y para conservar la dicha propiedad, sobre todo en América, véome obligado á sustituir el apellido Mollá por el antiguo y conocido de Ureta.

xima llegada de la Escuadra inglesa y norteamericana, no tuvo más remedio que quedarse para recibir á los Comodoros, con hartó sentimiento suyo y nuestro. Nos facilitó cuantos auxilios necesitábamos, dándonos encerrados de parque para formar nuestras tiendas, y 64 negros krumanes que debían conducir los víveres y utensilios. El Comandante Noeli y yo teníamos una preciosa tienda de campaña impermeable, que servía también de cámara obscura para revelar las fotografías que debíamos sacar de los principales sitios y paisajes que viéramos y nos parecieran notables por medio del colodión seco.

A pesar de lo lluvioso que amaneció el día, nuestro ánimo no decayó en lo más mínimo, y á las tres y media de la tarde, formados los krumanes en la galería alta del cuartel, y después de haberles repartido su carga, una blusa de bayeta y una manta á cada uno, se puso en marcha la expedición.

Todo el pueblo de Santa Isabel salió á despedirnos hasta el río Cónsul; era un espectáculo sumamente curioso ver la larga fila de negros krumanes con las cargas á la cabeza y un machete en la mano; nosotros, armados de escopetas, llevábamos en la mano el gran palo bubí, sin el cual no se puede caminar por el bosque. Mi negro Tiberio estaba encargado de la cocina, y el Getusa, Capitán de krumanes, de que ninguno arrojara la carga ni se ocultase en el bosque.

El Capitán Corsini y el Teniente Estrada marcharon á la cabeza; el Teniente de navío Aguilar, el Teniente D. Pedro Rodríguez y Mr. Willson en el centro, y el Comandante Noeli y yo cerrábamos la marcha; el Capitán de ingenieros D. Luis Tejero no pudo salir con nosotros, pero debía alcanzarnos al día siguiente.

Al llegar al río Cónsul nos despedimos del General Gándara.

—Buen viaje—nos dijo el General;—mucho sentimiento tengo en no acompañar á ustedes; cuanto necesiten pueden pedir, que yo se lo mandaré.

—Mil gracias, General; diariamente mandaré á usted un parte por medio de un krumán, dándole cuenta detallada de nuestra expedición, y la señal de haber llegado al Pico será una inmensa hoguera por la noche, y la bandera española que izaremos en la cúspide en el momento que lleguemos.

—En marcha—dijo Corsini;—y la expedición se puso en movimiento. Después de haber vadeado los ríos San Nicolás y Campillos, llegamos á las siete y media de la tarde al pueblo de Banapá, donde los misioneros Jesuitas tienen establecida una de sus Casas-Misiones, y donde el Comandante Noeli había edificado una preciosa casa de campo, que á su vuelta á España vino á ser propiedad mía. Entre la Casa-Misión y la del Comandante Noeli nos distribuimos para pasar la noche. La lluvia había cesado. Se improvisó una magnífica cena. El rey de Banapá, con sus dos mujeres, vino á visitarnos. Le ofrecimos cenara con nosotros, pero no quiso aceptar más que un vaso de vino de Jerez: sus mujeres se contentaron con un vaso de aguardiente cada una.

—¿Adónde vais tanta gente?—nos dijo el rey.

—Vamos á subir al pico que se ve desde aquí.

—¿Al pico?—dijo el asombrado—no se puede subir; no hay árboles, no hay hierbas, no tendréis agua, tendréis frío.

—¿Has subido tú?—le preguntamos.

—Yo no—dijo;—pero el coroco (rey) de Pulá suele cazar en la falda del pequeño pico, y me ha dicho que no hay caza, ni leña, ni agua y mucho frío.

—Pues nosotros verás cómo vencemos esas dificultades—le dije;—y en lo más alto plantamos la bandera española, y por la noche iluminaremos el pico con una gran hoguera.

—Prometo—me dijo el rey,—si lográis vuestra empresa, encender una hoguera en contestación á la vuestra.

Me pidió tabaco, otro vaso de vino; sus mujeres bebieron otro de aguardiente, y se retiró á su choza.

Armamos nuestros cois y hamacas y descansamos hasta el día siguiente, á las cinco de la mañana, que se tocó á diana. Después de haber comido su rancho de arroz los krumanes, sobre las seis y media de la mañana, se puso la expedición en marcha, llegando á las siete á Bassilé, donde encontramos en la plaza toda la población armada y en un estado de agitación y alarma que nos pareció de mal agüero.

EL CONDE DE FABRAQUER.

(Continuará.)

## EPIGRAMA

Fama grande de opulento  
disfruta don Celedonio,  
y esto se debe á que anda  
en la Bolsa.... de los otros.

LUIS BARTHE.